

## CRÓNICA

## “Cogí dos mudas para cada uno y salimos corriendo”

*Carlos Ernesto Ortega García*

No diría que leo tristeza en sus ojos, tampoco ira, cuando ella explica cómo llegó aquí. Así de simple. Un viaje sin planificar a golpe de amenaza telefónica al mayor de los tres hijos que la acompañan en Quito. En Colombia, tras ser víctima del desplazamiento violento por parte de la guerrilla, su periplo por diferentes ciudades la llevó a los suburbios de esta capital. “La psicóloga que me atendía en Bogotá se informó, y me dijo que Ecuador era un país libre, allí podría rehacer mi vida, que era lo mejor que en mi caso se podría hacer”.

La llegada fue como un mal agüero “sólo me dejaron pasar Rumichaca cuando pagué los 60 dólares que tenía en mi bolsillo al policía que me atendió”. En todo caso, tuvo suerte, no todo el mundo lleva ese dinero encima, en otros casos no es dinero lo que se les pide. Ecuador es, desde hace casi un año, el país que les acoge, y pese a que ya tiene el visado de refugio expresa que “es una gran mentira que tenemos los mismos derechos que los ecuatorianos”.

La llegada a Quito no ha sido fácil, las instituciones de apoyo al refugiado brindan asistencia humanitaria, suministran víveres y en algunos casos, dan ayudas económicas en los primeros meses de asentamiento, pero esto resulta insuficiente para familias que como esta, no logran insertarse en la sociedad: “uno llega completamente como para empezar desde cero”.

De hecho, se encuentra aún en un punto de búsqueda de su espacio dentro de la ciudad, tanto a nivel socio-cultural como económico. Reconoce dentro de este espacio de códigos aún indescifrables que la presencia de otros colombianos es clave para no sentirse sola: “algo que he ganado mucho es aprender a que los mismos colombianos nos unimos, así no nos conozcamos, hacemos



Foto: Christoph von Toggenburg, CICR (2010).

amistad y se hace como una sola familia, los mismos colombianos nos apoyamos, uno aprende a apreciar más la nacionalidad de uno”. Pero en cuanto a la población receptora, siente que “la integración con el ecuatoriano es muy complicada, todo ecuatoriano anda prevenido con todos los colombianos, hay mucha discriminación, ellos piensan que el colombiano sólo viene a hacer daño, a robar, juzgan sin dar la oportunidad, sin pensar qué necesidades tiene la persona que llega (...). Cuando uno quiere salir adelante, habrá algún tipo de obstáculo que lo impida. En esta sociedad, estamos señalados..., hasta conseguir un cuarto es un problema, —aquí somos gente decente y no queremos problemas con colombianos—, muchos me han dicho”.

Sus hijos, en edad escolar, no acuden a la escuela, por diferentes razones: “cuando yo llegué aquí, ya habían empezado clases, y eso fue un primer impedimento..., aún así lo intenté, ...ellos asistieron una semana a clase [como oyentes], pero iban vestidos con lo único que tenían, y fueron burlados por los otros compañeritos..., la niña no quiso volver..., los mismos compañeritos les hicieron achantar<sup>1</sup> mucho..., sentían que todo el mundo los miraba, los señalaba, los criticaban..., para ellos fue muy dura la experien-

cia, y decidieron no seguir yendo. También económicamente era muy duro porque había que costear pasajes... Si muchas veces no tenemos para un almuerzo, menos aún para tomar el bus todos los días”.

En el plano laboral, es donde más claramente se manifiesta la discriminación. En muchas ocasiones, la oportunidad de trabajar es negada por ser extranjero. En otros casos, la persona es vinculada pero sin contrato, y al cabo de un tiempo la despiden. Esta situación se repite en muchas partes: “a los dos, tres meses, a uno lo echan, dicen que por ladrón, que robó algo, que se perdió esto o aquello, y nunca le dieron sueldo”.

Las diferencias de salario entre nacionales y extranjeros también hacen parte del patrón de conducta por parte del empleador: “si le dan a uno el trabajo, como yo ahora, los empleados ecuatorianos ganan un precio, yo no gano ni la mitad de lo que ellos ganan..., la razón que siempre me dan es que un ecuatoriano no puede dar un trabajo a un colombiano dejando a un compatriota sin esa oportunidad, ese esfuerzo el colombiano tiene que reconocerlo cobrando menos...”.

Estas razones empujan a muchos colombianos a autoemplearse en lo que sea, como estrategia de supervivencia: “yo me he estado defendiendo vendiendo artesanías, manzanas acarameladas, recogiendo cartón en las noches, pero de esta forma no es lo suficiente como para de ahí comer a diario, vestirse, pagar un arriendo”.

Pese a todas las dificultades, tiene tres hijos en Quito, y por ellos saca coraje para seguir adelante con una fortaleza que hace que cada una de sus palabras suenen a dignidad,

más que a queja o lamento: “de todas formas, uno se conforma, y trata de salir adelante con las ayudas recibidas, bregar, luchar, no esperando que todo se lo den, esa no es la idea de uno, yo ya sabía que venía a luchar, pero al menos que me dejen hacerlo, que no traten de frenarme el paso..., igual aún sabiendo que tengo menos oportunidades que un ecuatoriano hay que seguir luchando... Aunque cobre menos, hay que coger la posibilidad de trabajar, yo no digo nada y espero que me paguen a fin de mes. En el trabajo que estoy llevo dos semanas, y si llega una ecuatoriana saldré yo, a mi me han dicho que estoy de pruebas solamente, no sé siquiera si me vayan a pagar, pero igual tengo que seguir trabajando”.

Cuando le pregunto qué le pide al futuro, me asombro de la tranquilidad con que me responde, aún teniendo negados tantos derechos: “tener una vida estable, una vida normal, tener cómo vivir, dónde vivir, que mis hijos puedan asistir a un colegio sin problemas..., no pido lujos, sobrevivir, tener un techo, poder trabajar, y que mis hijos se capaciten, que podamos salir a un parque o a comprar sin que tenga problemas”. No diría que leo tristeza en sus ojos, tampoco ira; ella refleja la fuerza de una mujer que en el exilio pide una nueva oportunidad que con violencia le fue arrebatada en su país de origen.

*\* Fragmentos del diálogo sostenido con una mujer refugiada, cabeza de hogar, en Quito, el 18 de julio de 2010.*

#### Notas

- 1 Sentir vergüenza.